



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10784

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 14 DE OCTUBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagüe. Especialidad en cables y cuerdas de abaca, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

SOBERBIA CONFESION

No es mala la que los periódicos yankees ponen en boca del presidente de la república Norte-Americana.

—Si España da la autonomía á Cuba, y los rebeldes la rechazan, se perseguirá con empeño todo conato de apoyo que los ciudadanos de la Unión Americana intenten dar á los revolucionarios de la Gran Antilla.

Si se ha expresado así el presidente, como dicen varios periódicos, la confesión no tiene precio; si abriga esos propósitos, aunque no hayan sido traducidos al lenguaje, como otros periódicos afirman, no tiene explicación la conducta de los que, llamándose nuestros amigos é interesándose por el término de la contienda cubana, no han abrigado hasta ahora esos propósitos, tan necesarios para cumplir como es debido, lo que el derecho internacional establece entre gentes que se tratan con lealtad.

¡Lealtad! No la busque nadie entre los yankees; no se cotiza esa palabra en el mercado de Washing-

ton; allí nada vale y por nada se aprecia; si se apreciara, si de su valor se tuviera el concepto que se tiene en Europa, ni España llegaría á verse abrumada de desdichas, obligada á hacer esfuerzos de titan para sustraerse á su mala ventura, ni los rebeldes hubieran crecido y medrado con la ayuda extraña.

Y, sin embargo, preguntan los yankees cuando se terminará la guerra, sin parar mientes en que para contestar á esa pregunta se necesita conocer la fecha fija en que ellos dejarán de dar su apoyo á los rebeldes.

Y esa fecha no se conoce aun; ahora mismo, en estos momentos en que el gobierno español se ocupa con sinceridad absoluta en preparar las reformas más amplias, se está organizando una formidable expedición filibustera, la más grande expedición que ha ido á Cuba en esta guerra y en la otra.

La policía del consulado español está sobre la pista para entorpecerla; pero le sucederá lo de siempre: producirá la queja; formulará la denuncia; se embargará el buque con las armas que lleve y el jurado lo pondrá en libertad.

Es asunto ese tan trillado que nos lo sabemos de memoria.

TIJERETAZOS

Por causa del ministro de Hacienda, Sr. Blanca, se ha armado bronca en la capital del orbe católico.

Y vean ustedes por qué: porque el ministro italiano aprieta de firme á los contribuyentes.

Consuélense los italianos.

Aquí no solo nos aprieta el fisco: nos estruja además y no por eso nos ponemos tristes.

¡Buena estaría que después de llevarnos el dinero nos calentasen las espaldas!

Dice un periódico:
«No resulta exacto que se haya acordado»

por el Gobierno de Marruecos la formación de un cuerpo de Ejército para castigar á las kabilas del Rif.»

Eso estaba descontado; ni por lo de Melilla, ni por las piraterías del Estrecho, ni por nada se castiga á esa gente.

Así están ellos de satisfechos y envanecidos.

Cuando más reciben una carta del sultán que dice en el colmo del furor:

«¡Si bajo!»

Pero como nunca baja, los rifeños se encogen de hombros y siguen robando á placer.

Y vengan cartitas.

El gobierno se ha atascado en el nombramiento de personal.

Para cada empleo se presentan docientos pretendientes.

Y no hay medio de contentar á todos.

Y es lástima.

Porque perdemos la ocasión de que los no favorecidos por la suerte se ocupen en hacer nuestra felicidad á cambio de un destinejo.

El capitán general de Filipinas aconseja que se cubran las bajas de aquel ejército con soldados indígonas.

¿Para que se subleven otra vez?

GLORIAS NACIONALES

GLORIOSA ACCION DE PLÁ DEL REY

14 de Octubre de 1793.

Por haber recibido al día siguiente de la batalla de Truillás—que tan afortunada fue para las armas españolas como desdichada para los franceses—un refuerzo de 15.000 hombres el derrotado ejército francés, el general Ricardos, por prudencia, abandonó las posiciones en que tan valientemente se habían portado sus tropas y se retiró al campo atrincherado de Baulou, efectuando la operación á la vista de las tropas francesas y con un orden muy raro en esta clase de movimientos.

Dispuesto á hacerse fuerte en sus nuevas posiciones, las fortificó ocupando cuantos puntos extratéjicos creyó convenientes, no solo para conservar

las comunicaciones que le eran necesarias sino también para luchar en buenas condiciones si allí le buscaba el enemigo.

No tardaron en verse confirmados los presentimientos de Ricardos; pues pocos días más tarde de haberse establecido sus tropas en el campo de Baulou, las huestes francesas, al mando del general D'Agust, sucesor de Dagobert, ocuparon posiciones frente á las suyas, dando comienzo enseguida á una serie de ataques que los españoles rechazaron con energía y acosta.

No esperaba D'Agust, aquella resistencia; y como en su ánimo entrara el convencimiento de que las posiciones españolas tenía que atacarlas más seriamente que hasta entonces lo había hecho, sinó quería perder poco á poco su gente sin beneficios de ningún género, suspendió las hostilidades y se dedicó á preparar un asalto general y formidable.

El día 14 de Octubre, á las 12 de la noche, cayeron sobre el centro de los españoles 60.000 franceses el cual lo componía una batería de Plá de Rey, defendida por 15.000 granaderos de diferentes cuerpos, á las órdenes del teniente coronel del regimiento de Soria D. Francisco Taranco.

Hasta siete veces consecutivas se repitió el ataque todas ellas llevado á cabo con una decisión y valentía asombrosa, todas ellas rechazado con una serenidad y un heroísmo digno del buen nombre de España. En la cuarta, quinta y sexta acometida los franceses fueron rechazados hallándose ya dentro de las posiciones de los soldados del general Ricardos, en la séptima, después de haber estado ambos contendientes luchando al arma blanca más de hora y media, los españoles tuvieron que retirarse por estar agotadas sus municiones; mas habiendo sido reforzados por 300 guardias valonas, sin reparar en lo temerario de la empresa, acometió á los franceses, que se habían atrincherado en la disputada batería.

La sorpresa de los soldados del general D'Agust, por aquella inesperada agresión fue grande, hasta el extremo de que pudo costarles carísima; pero rehchos del asombro, recibieron á los asaltantes con una descarga cerrada que los diezmó. Lejos de retroceder los españoles por tan grandes pérdidas,

con valor heroico, con bravura y decisión espartana, penetraron á la bayoneta en la batería y se entabló una lucha cuerpo á cuerpo de la que salieron tan mal librados los franceses, que muy pocos salieron de ella con vida, y como consecuencia de tal catástrofe D. Agust levantó el campo, convencido de que no conseguiría ninguna victoria en aquellos terrenos.

CÉSAR.

(Prohibida la reproducción.)

ECOS MADRILEÑOS

Aun no ha cesado la marajada; por el contrario, ha ido en aumento, sin que hoy se sepa si ha llegado á su grado máximo.

Ya tenemos gobierno, y ya nadie pregunta ¿ha sido llamado Martínez Campos? ¿llegó Pidal? ¿se consultó á Silvela? ¿entró Sagasta? y sin embargo la gente que interroga, que discute, que comenta rumores, se ve hoy en todas partes en mayor número que ayer, sobre todo en los mentideros políticos.

Estos días han llegado los trenes atestados de políticos provincianos; y ellos, ellos solos, todo lo llenan. Han tomado á Madrid por asalto y su estancia es señalada por una agitación febril que trae á la mente imágenes que amedrentan.

La lucha por el prometido y disputado destino, surge y vive, con espasmos y resoplidos de fiera hambrienta, en los ministerios, en el Salón de conferencias, en las viviendas de los magnates favorecidos y donde quiera que se reúnan prohombres del partido que tiene hoy asidas las riendas del Poder.

Es el cuadro de costumbre; el cuadro que vemos siempre que un partido sucede á otro en la dirección de los destinos de la Patria, sin que se hayan cambiado ni una sola de sus líneas y sin que su entonación haya perdido ó ganado luz y vida.

Como suele acontecer con todos los hombres de su talla, Don Pascual Gayangos apenas si era conocido en su patria, y de su existencia y de lo que era, muchos no han tenido noticia hasta que los periódicos le dedicaron arti-

CARLOS II EL HECHIZADO

914

Los viajeros quedaron, en pie unos, otros permanecieron á caballo, y los restantes se sentaron en el umbral de la puerta, esperando la ocasión de embarcarse.

Todos fijaron sus ojos en Zaragoza. Acababa de ser herida por el posterior destello del crepúsculo, y se presentaba triste, confusa é informe, como una de esas ciudades monumentales del Asia medio sepultadas en las arenas del desierto.

Sin embargo de aquella masa sombría, brotaba un murmullo atronador, un estrépito que poco á poco se iba extinguiendo. A veces resplandecían en su negro fondo extrañas luces que aparecían y se ocultaban como las estrellas de un cielo nebuloso: á los rumores de la ciudad, reemplazaban los rumores de la naturaleza; á la animación del hombre sucedía la magestad de Dios.

Por algunos minutos no se oyó una palabra en la puerta de la barraca. Cada cual se había entregado á graves reflexiones, hasta que no parecían de buen agüero la tardanza del pescador, se principiaron á mirarse con inquietud unos á otros.

—Mucho tarda el patron, observó filosóficamente Millan Pantoja.

—Estará empalmando los remos, dijo Martin.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 915

—Ved una circunstancia que no es de mi agrado, replicó el conde.

—Sin embargo, es muy natural, contestó Montez Azul.

Leon no hablaba.

—¡Chiton! exclamó de pronto y en voz baja.

—¿Qué pasa?

—¿No oís?

—Suenan golpes.

—¿Y qué? algún campesino que estará haciendo leña, observó el conde.

—De cualquier modo vamos á buscar al batelero. Leon se levantó al decir esto, pero vió que no había necesidad, por cuanto este se presentó seguido de Ginés.

—Me he tardado mas de lo que creía, dijo; he tenido que gobernar un maldito remo y hasta ahora no he concluido.

—¿Y está ya todo listo?

—Todo.

Los jóvenes se dispusieron á caminar al embarcadero. Palomino, Corneja y Arcabuz, fueron destinados á cuidar de los caballos y penetraron en la balsa cuadrada que debía colocarlos al otro extremo del río. Esta se hallaba rodeada con un fuerte andel de madera que subía á la altura del vientre de un hom-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 918

—No; exclamó Palomino estremeeciéndose horriblemente. ¿No sentis nada?

—¡Yo!

—Los dos.

—Por mi parte, observó el doctor, solo siento frío en los piés, frigus in pedibus. ¡Ah! perdonad, señor Arcabuz.

—Justamente, exclamó el mayordomo.

—¿Y bien?

—Es que... ¡oh! es verdad. ¡Dios mio!

—¿Pero qué pasa! gritó el sargento próximo á echar un tremendo voto.

—¿No lo veis?

—¿Qué?

—Que nos estamos anegando; el agua entra por una tabla rota y ya hay una tercia de ella en todo el lanchon.

La observación de Palomino era cierta; entraba un torrente de agua que poco á poco iba subiendo; una oscuridad profunda no les permitía ver, y de aquí el que la confusión fuese espantosa por un instante.

Palomino y Corneja iban á principiar á gritar, pero las robustas manos del sargento Arcabuz cayeron sobre la garganta de cada uno de estos individuos.